

ANDALUCIA MITICA (IX) / LANJARON (GRANADA)



De izquierda a derecha: Capilla del Pilar, Ermita de la Cruz y tres vecinas junto a la capilla de San José. En la imagen inferior, un hombre bajo la capilla de la Virgen del Carmen. / REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

Las Vírgenes y las brujas

Lanjarón, pueblo al que acuna la montaña y en el que se hermanan las Vírgenes y las fuentes, las brujas y los bautizados, el mimbre del río y la Noche de San Juan

LUIS MIGUEL FUENTES

LANJARON.— Bajaban los hombres a ver a las novias y cuando pasaban por el Tajo las hechiceras les volaban los sombreros y les dejaban el pelo tieso. «Las veían volar, unas cosas muy feas en el Tajo, las hechiceras...». La tarde en Lanjarón suena como si resbalara por un cántaro, y estas hechiceras de las que hablan las mujeres en sus historias, durante ese caso pacífico y bebible que sucede en las capuertas, no se sabe muy bien si eran centellas o demonios, brujas o electricidades. «No, brujas no, las hechiceras», repiten, y es como si sólo fueran la cola de un espíritu, la melena de un fantasma, esas cosas sin cuerpo, unas bolas hechas sólo del soplo de la maldad o la travesura, eso que llaman allí las hechiceras, entre magia y meteoro, entre pajarraco y alucinación. No queda claro lo que eran ni cuándo pasó todo eso, porque la leyenda ha hecho su saco con el tiempo y sus sucesos, las mujeres cuentan los abuelos hacia atrás, pero todo queda en esa época cereal y elástica en la que ocurren los mitos. «Hasta que pusieron allí una cruz, dos palos atravesados, y entonces desapareció todo aquello, ni se veían hechiceras ni nada», dice María. «Luego se puso otra de piedra —añade—, y una vez un cazador que pasó por allí falló un tiro a un pájaro, le dio a la cruz y echó sangre. Por aquí le tenemos mucha fe a la Santa Cruz».

Lanjarón, pueblo al que acuna la montaña, es una lágrima blanca de agua y cal bajo la que la piedra de la Alpujarra pone sus manos. El agua es ese sustrato primigenio sobre el que se forma la magia como la sombra o la verdina, el mito que siempre vive en lo húmedo y en lo alto, y por eso allí se hermanan las Vírgenes y las fuentes, las brujas y los bautizados, el mimbre del río y la Noche de San Juan. Es cierto que en Lanjarón se celebraban los mayores aquelarres de la comarca, y que fue a finales del siglo XVIII cuando se decidió poner una cruz en el más elevado de sus peñascos para que no pasaran las brujas buscando al Diablo y a su papada negra. Fue en el llamado por eso Tajo de la Cruz, donde ahora hay una ermita y la misma cruz ha sustituido a los santos y a las diferentes advocaciones de Dios y sus ayudantías, que es como dejar el cristianismo en el esqueleto y la religión pelada en una caña. El Tajo es una pared alta e invencible que ni siquiera el Diablo podría saltar, y la ermita, la casita blanca que espanta de vértigo los maleficios, como un candil contra las pesadillas. «La Cruz nos salvó de todo —cuentan las mujeres—, y San Sebastián vistió una vez de soldados el maíz para que no entraran aquí unos ejércitos». Y de las brujas a la Cruz, la gente cierra los círculos de la magia, del bien y del mal, que seguramente vienen por el mismo camino.



Ahora ya no hay brujas, o se han mezclado, sin saberlo, con los triduos. Aunque comentan que no muy lejos, en Bubián, murió hace poco una mujer que sí lo era. Queda, eso sí, un curandero que arregla luxaciones, brujo que quizá sólo es un fisioterapeuta con misterio, más una mujer que quita, con un ritual complicado y pegajoso, ese mal de ojo que allí les hunde la cabeza a los chiquillos. «Al niño se le pone en la falda —cuentan las mujeres—, se le echa la ceniza que

A finales del siglo XVIII se decidió poner una cruz en el peñascos más elevado para que no pasaran las brujas buscando al Diablo

se guardó de un palma del Domingo de Ramos, se le pone un plato con agua en la cabeza y se les pellizca las rasas [las costillas]. En el plato

de agua se echan tres gotas de aceite. Hay que hacerlo tres viernes seguidos, y si las gotas de aceite se pierden en el agua, se le quita». Conjuros y «asustauras», como aquél, digno del más elaborado surrealismo, de un pavo que se le aparecía a un paisano en su casa y le hablaba. «Pica donde yo pique», le decía el pavo —cuenta María—. El hombre se fue asustado, y fue a vivir otro allí, que sí picó donde le decía el pavo, y sacó un tesoro, unas barras de oro».

Rondan en Lanjarón las ruelas y la sabiduría dudosa de las brujas, fundidas con un cristianismo que saca a sus santos a vivir en los portales. En Lanjarón no sólo hay seis ermitas, sino que las calles están llenas de hornacinas con las Vírgenes crucificadas o los Cristos llorosos, con palomas y gladiolos y querubines como pajes, con una piedad bella y enclenque, con un Corazón de Jesús como santificándose su autopsia o un lienzo de una Dolorosa que dicen vivo o mágico. Vírgenes que llegan a entrar en las habitaciones para convertir en capilla la comodita y hacer compañía de hermana a la señora y a una Pilarica que tenga en el salón; Virgenes que escoltan los portales como generalas guapas, los portales que allí se llaman «tinaos» y tienen nombres como de tablo o de castillo, «De la Tía Pica», «De las Torres», portales oscuros, estrechos y hermosos como una judería, atrayentes, frescos y sagrados como pozos de agua bendita. Las hornacinas en las fachadas y en los poyetes, sosteniendo o alicatando al ejército pacífico y pálido que guarda el pueblo mirando hacia arriba y desde siempre, o al menos desde ese siempre que abarca el recuerdo, y que también acarrea leyendas y milagros.

«En la Guerra Civil, se tapió con ladrillos para que no se viera, pero por la mañana estaban los ladrillos caídos», cuenta Jesús Jiménez debajo de la hornacina de la Virgen Hondera, un Sagrado Corazón de María pintado con levedad y transparencia. «Pero tiene más misterios. Le hemos sacado fotos y siempre le sale un velo, una mancha en la cara. Intentamos pintar una copia pero se le iba la pintura...». Cada Virgen tiene un rompecabezas o una historia de soldados o maravillas, cada Virgen tiene una copla madrera y fervorosa que le cantan como en rondalla en la Alborada de San Sebastián. Pero aún, en las fiestas, el ayuntamiento pone una brujita en los carteles, una brujita con escoba que se vende como recuerdo en las tiendas. La magia que viene de lo femenino, sea por la mano blanca de las Vírgenes o por la mano de espanto de brujas amables o revoltosas, siempre ha significado lo sagrado y lo misterioso de la vida misma y sus comienzos. Igual que el agua sobre la que Lanjarón parece flotar como una isla dulce que no terminara nunca de resbalar por la montaña.

La Noche de San Juan y el agua

Del agua de Lanjarón viene la magia, de las antiguas brujas vienen los remedios contra la quebradura, contra las verrugas y contra el mal de ojo que hace que a los niños se les hunda la mollera. Todos los ritos están bautizados por el agua, que en Lanjarón mana de las aceras, de los portales, del bronce de las estatuas o de las manos llagadas de los santos.

Cuando suenan las doce campanadas en la Noche de San Juan, allí no hay hogueras, sino que, como a la llamada de la luna, la gente sale a la calle a lavarse la cara en las fuentes y a regar las macetas, que es como mojarse de pureza, de la misma vida líquida y del vino que les da la montaña.

En la Noche de San Juan se hace también el conjuro contra la quebradura de los recién nacidos, que es como un conjuro para corderitos heridos.

«Hay un chiquillo que todavía se abraza a mí cuando me ve, para darme las gracias por no estar quebrado», cuenta María, que lo ha realizado muchas veces porque el rito «lo tienen que hacer una mujer que se llame María y un hombre que se llame José», explica, con esa candidez con la que la gente acepta a veces lo arbitrario.

«Se tiene que coger el mimbre del río y rajarlo por el medio; se invoca al Espíritu Santo y hay que pasar al niño que ha nacido quebrado tres veces por él, diciendo 'tómalo Juan, dámelo María; tómalo María, dámelo Juan; quebrado te lo doy sano me lo des'. Después se ata el mimbre rajado, y si se queda unido, es que el niño ha sanado».

En la Noche de San Juan dicen también que las hojas de los olivos toman forma de cruz; que si te pasas cualquier yerba por las verrugas con los ojos vendados, se te caen; y que si se echa un huevo roto en un vaso de agua o en una jarra, por la mañana queda la forma misteriosa de un barco, en lo que parece ser una magia inútil o un entretenimiento caprichoso y pretenciosamente artístico de los entes invisibles en esa noche en la que bailan todos los espíritus.

Todo esto lo acatan allí mezclando la herboristería con el catolicismo y sustituyendo a los espectros del bosque por el Santo Patrón, como en una santería brasileña, un tierno paganismo inconsciente, quizá porque toda religión es magia y del brujo a Dios lo que hay es un ascensor.

Mañana: Sierra Mágina: la sierra grande, la sierra mágica